

El análisis de coyuntura en el pensamiento socialista clásico

SINESIO LOPEZ J.

“En septiembre de 1870, Marx calificaba la insurrección de locura. Pero cuando las *masas* se sublevaran, quiere marchar con ellas, aprender al lado de ellas, durante la lucha, y no darles consejos burocráticos. Marx comprende que los intentos de prever de antemano, *con toda precisión*, las probabilidades de éxito, no serían más que charlatanería o vacua pedantería. Pone *por encima de todo* el hecho de que la clase obrera *crea* la historia mundial con historicidad, abnegación y espíritu de iniciativa. Considera la historia desde el punto de vista de sus *creadores*, sin tener la posibilidad de prever de antemano, de modo *infalible*, las probabilidades de éxito...

“Marx sabía apreciar también que hay momentos en la historia en que la lucha desesperada de las *masas*, inclusive por una causa *sin perspectiva*, es *indispensable* para una más amplia experiencia de esas masas y su preparación para la lucha *siguiente*.

“A nuestros casi marxistas actuales, a quienes gusta citar a Marx en vano, con el solo fin de tomar su apreciación del pasado y no su capacidad de crear el futuro, les es del todo incomprendible, inclusive ajena por principio, semejante *manera de plantear* el problema.” (Lenin, Prefacio a la traducción rusa de las *Cartas de Marx a Kugelmann*, OC. t. XII, p. 101).

INTRODUCCIÓN

No existe un análisis inocente de coyuntura. La forma de escribir la historia viva e inmediata revela no sólo una forma particular de com-

prenderla sino también expresa el modo concreto de hacerla por parte de quien la escribe. El análisis de la situación actual, las tareas y la táctica son *momentos* de un mismo proceso de creación de la historia. Estos momentos son interdependientes y se implican mutuamente. Si alguien, en defensa de la "objetividad", silencia la táctica y las tareas, para presentar sólo el análisis de la situación actual, los expresa implícitamente en él, además de verter su subjetividad y sus prejuicios o quizá su ignorancia que, al decir de Lenin, está más cerca de la ciencia que los prejuicios. Inversamente, la implementación de una técnica implica un análisis de la situación actual. La neutralidad, en este campo de la ciencia más que en otros, es imposible. El analista de la situación concreta que omite las tareas y la táctica, de todas maneras ocupa un lugar en la lucha política, independientemente de su voluntad y de su conciencia. Las omisiones en política tienen tanto o mayor peso que las acciones.

La decisiva y original contribución de Marx y de Lenin a la política es haber logrado *en todo momento* la articulación entre el análisis concreto de la situación concreta con las tareas y la táctica desde el punto de vista y desde los intereses de la clase creadora de una nueva historia.

Si Marx apoya las luchas concretas de la burguesía durante las revoluciones democrático burguesas no es sólo porque ésta representa la clase revolucionaria de la época, sino también porque sus luchas preparan y despejan el terreno para el combate del proletariado. Ya en 1840 Marx muestra sus simpatías y apoya la lucha del proletariado francés, critica sus errores, le señala el camino a seguir y finalmente le muestra los límites insalvables que el desarrollo histórico de ese *entonces* le presenta. Con mayor energía critica las ilusiones de poder y las vacilaciones de la pequeña burguesía urbana, la pasividad del campesinado y la traición de la burguesía. En 1847 Marx apoya la más tímida oposición de la burguesía alemana contra el gobierno absolutista. Y en 1848 fustiga duramente el parlamentarismo de la burguesía y de la pequeña burguesía alemanas, su incapacidad para comprender la situación actual y su falta de energía para luchar decididamente por el poder efectivo contentándose con las ilusiones de poder. Frente a las contradicciones que genera la invasión francesa a España, Marx explica y censura la conducta de los afrancesados y expresa sus simpatías por el movimiento nacional que lucha *al mismo tiempo* por la liberación nacional y por las reformas democráticas y critica la falta de decisión y el principismo abstracto de sus líderes. Igualmente ve con simpatía el movimiento nacional campesino, *a pesar* de sus prejuicios monárquicos y religiosos y espera que la agudización de la lucha revolucionaria permita superarlos. En el análisis de la guerra civil de E.U., Marx critica los compromisos del partido demócrata con los esclavistas porque ellos neutralizan la contradicción motora —esclavismo versus antiesclavismo— constituyendo "la fórmula general de la historia de los Estados Unidos desde comienzos de este siglo" (Marx,

GCEU, t. I, p. 20), simpatiza con el surgimiento del partido republicano y alienta sus luchas consecuentes contra el esclavismo. Si Marx apoya en un *determinado momento* las luchas de la burguesía y en *otro momento* critica las luchas de esa misma burguesía para apoyar al movimiento más avanzado de la historia es porque la burguesía se queda rezagada con respecto a la revolución que avanza. Este es el criterio central que guía el análisis político de Marx. La guerra civil de Francia de 1871 permite desplegar a Marx toda su capacidad analítica, su habilidad táctica y su energía revolucionaria en ese momento de “alcance histórico universal”. En “el segundo manifiesto del Consejo general de la AIT sobre la guerra franco prusiana”, del 9 de septiembre de 1870, Marx advierte a la clase obrera francesa que cualquier intento de derribar al nuevo gobierno republicano “sería una locura desesperada”, la pone en guardia contra los “recuerdos nacionales de 1792”, ya que “su misión no es repetir el pasado, sino construir el futuro”, y la insta a “trabajar por la organización de su propia clase” preparándose para la lucha decisiva. (Marx, GCF, p. 485). Marx hace estas advertencias a la clase obrera *antes y no después* de los acontecimientos de la guerra civil. Pero cuando la lucha de las masas parisinas dan vida a esta “locura desesperada” Marx se entusiasma y el 12 de abril escribe una carta a Kugelmann en la que exclama: “¡Qué flexibilidad, qué iniciativa histórica, qué capacidad de sacrificio tienen estos parisienses!” (Marx-Engels, C. p. 255). En esta misma carta Marx señala que la destrucción de la vieja máquina del Estado burgués es la nueva tarea histórica del proletariado parisino que ha decidido “tomar el cielo por asalto”. Y para que llegue hasta él, Marx asume el rol de consejero táctico y se pregunta: ¿defensiva u ofensiva del proletariado? Y señala que el error del proletariado parisino es no haber tomado la ofensiva: “Debieron marchar enseguida sobre Versalles” y “el comité central abandonó el poder demasiado pronto...”.

Ante las dudas de Kugelmann sobre el momento oportuno de la lucha y ante sus afirmaciones sobre el carácter prematuro de la misma, Marx señala: “Sería por cierto muy fácil hacer la historia universal si para iniciar la lucha se esperara que las perspectivas fueran excepcionalmente favorables. Por otra parte, la historia tendría una naturaleza muy mística si el ‘azar’ no desempeñase ningún papel. Estos mismos accidentes intervienen —como es natural— en el curso general del desarrollo y son compensados a su vez por otros accidentes”. Y ante el dilema inevitable en que es puesto el proletariado por la burguesía: “aceptar el desafío y luchar o rendirse sin combate”, Marx se decide con ciencia, arte y audacia por la primera alternativa porque “en el segundo caso la desmoralización de la clase obrera habría sido una desgracia mucho mayor que la caída de un número cualquiera de ‘jefes’. Con la Comuna de París la lucha de la clase obrera contra la clase capitalista y su Estado ha entrado en una nueva fase. Cualesquiera sean sus resultados inmediatos, se ha

conquistado un nuevo punto de partida de importancia histórica universal". (Marx-Engels, C. pp. 256-257). El proletariado fue derrotado en términos inmediatos, pero alcanzó un triunfo histórico universal: la Comuna es una referencia obligada y una fuente inagotable de lecciones históricas para los posteriores movimientos revolucionarios. Lenin comenta el análisis y la conducta de Marx en el brillante párrafo siguiente "En septiembre de 1870, Marx calificaba la insurrección de locura. Pero cuando las *masas* se sublevan, quiere marchar con ellas, aprender al lado de ellas, durante la lucha, y no darles consejos burocráticos. Marx comprende que los intentos de prever de antemano, con toda precisión, las probabilidades de éxito, no serían más que charlatanería o vacua pedertería. *Pone por encima de todo* el hecho de que la clase obrera crea la historia mundial con heroicidad, abnegación y espíritu de iniciativa. Considera la historia desde el punto de vista de sus *creadores* sin tener posibilidad de prever de antemano, de modo *infalible*, las probabilidades de éxito y no desde el punto de vista intelectual pequeño gurgués que moraliza: 'era fácil prever... no se debía haber empuñado las armas...'

"Marx sabía apreciar también que hay momentos en la historia en que la lucha *desesperada de las masas*, inclusive por una causa sin perspectiva, es *indispensable* para una más amplia experiencia de esas masas y su preparación para la lucha siguiente" (Lenin, PTK OC. t. XII, p. 101).

Lenin, excepcional discípulo de Marx, estudia concienzudamente sus escritos políticos a los que alude permanentemente en sus propios escritos recogiendo, no la letra del marxismo, sino su espíritu y los enriquece con el "análisis concreto de las situaciones concretas" por las que atraviesa Rusia de 1905 en adelante. Ante la irrupción de la coyuntura revolucionaria de 1905, Lenin se lamenta en Ginebra de su separación obligada de los acontecimientos y señala la relación necesaria entre el análisis de la situación actual y la acción concreta: "Tenemos que hacer lo que constituye el deber constante del publicista: escribir la historia del presente y esforzarnos por escribirla de tal modo que nuestras crónicas presenten la mayor ayuda posible a quienes participan directamente en el movimiento y a los heroicos proletarios que luchan en el lugar de la acción; de modo tal que contribuyamos a ensanchar el movimiento, a elegir conscientemente los medios, los caminos y los métodos de lucha adecuados para conseguir los más grandes y los más duraderos resultados con el menor gasto de fuerzas" (Lenin, R, OC, t. VIII, p. 100).

No pretendemos ilustrar en esta breve introducción la relación que establece Lenin entre el análisis de la situación actual, las tareas y la táctica debido a la enormidad de esta tarea. Basta señalar que prácticamente todos los artículos escritos por Lenin para analizar la revolución de 1906-1907 (que se encuentran entre los tomos VIII y XIII inclusive, de las *Obras completas*) y las revoluciones de 1917 (que van del tomo XXIV al tomo

XXVII inclusive) versan sobre la situación actual y las tareas, la situación actual y las tácticas, las resoluciones tácticas, etcétera. Lenin señala el rasgo característico de la situación actual, expresado en el sistema de contradicciones que determinan el alineamiento de las diversas clases en fuerzas sociales y políticas, analiza las características de la relación de fuerzas y hace una evaluación de las mismas, indica los diversos caminos de salida de la situación actual y las formas de "salida" y escoge el camino posible y necesario para los intereses de la nueva clase revolucionaria en ascenso: el proletariado. Lenin exige que el análisis de la situación concreta y el establecimiento de la táctica tengan el máximo rigor científico: "El marxismo exige de nosotros un análisis estrictamente exacto y objetivamente verificable de las relaciones de clase y los rasgos concretos propios de cada momento histórico. Nosotros los bolcheviques siempre hemos tratado de llenar este requisito absolutamente esencial para dar a la política una base científica". (Lenin, CT, OC, t. XXIV, p. 459). Recordemos asimismo las bases sólidamente científicas en que se asientan los programas cuyo debate se encuentra en los escritos entre 1902 y 1905 y las discusiones con Bujarin, Smirnov y Sokolnikov sobre la reformulación del programa en las revoluciones de 1917: "La 'propaganda' es indispensable en artículos periodísticos, en discursos, en los folletos populares, pero el programa del partido debe caracterizarse por la precisión de su economía política y no debe contener nada superfluo" (Lenin, RPP, OC t. XXVII, p. 277). La precisión en los análisis concretos de las situaciones concretas, en el establecimiento de la táctica y de los programas no sólo revela la rigurosidad científica de Lenin sino también su alta responsabilidad política.

Tanto la articulación compleja existente entre el análisis de la situación actual, las tareas y la táctica como el rigor científico se expresan en las exigencias de Lenin con respecto a la concreción, la precisión, la claridad, la positividad y la justeza en la formulación de las consignas, Lenin deduce de la *aparente* simplicidad de una consigna la mencionada articulación en toda su riqueza y complejidad. Por esta razón, definimos con Debray el análisis de coyuntura como "la ciencia de la consigna".

A estas alturas de la reflexión es necesario formularse una pregunta mayor sobre la naturaleza del marxismo: ¿Es éste un método para leer y comprender la historia o es una teoría para la creación de la misma? Es conocida la respuesta leninista según la cual el marxismo es "una guía para la acción" y *por eso mismo* un método para leer y comprender la historia. Los mismos fundadores del socialismo científico frecuentemente señalan: "nuestra doctrina no es un dogma, sino una guía para la acción". Para ser tal, es necesario que tenga un alto rigor científico y supere la espontaneidad en la teoría y en la práctica.

Las reflexiones del presente artículo se levantan sobre una lectura de los principales escritos políticos de Marx sobre las revoluciones democrático

burguesas y sobre la coyuntura estratégica de 1871 en Francia, y de los escritos de Lenin sobre la revolución de 1905-1907 y la de 1917. La fuente detallada de los principales escritos consultados figuran en el apéndice del presente ensayo.

I. LA ACTUALIDAD COMO OBJETO CIENTÍFICO DE ANÁLISIS

¿Es la actualidad política un objeto teórico de análisis científico? La formulación de esta pregunta implica interrogarse sobre la posibilidad de descubrir ciertas regularidades políticas, sobre la factibilidad de develar una lógica interna *en* la aparente maraña de los acontecimientos y sobre la necesidad de establecer una dirección consciente de los mismos basada en un análisis científico; es, en suma, interrogarse sobre la posibilidad de establecer una racionalidad política que permita a las fuerzas políticas ponerse a la cabeza de los acontecimientos y dirigirlos con eficacia. Lenin se plantea este problema del siguiente modo: “Es indudable que la revolución nos aleccionará, que aleccionará a las masas populares. Ahora bien, para un partido político combatiente, el problema consiste en lo siguiente: ¿sabremos *enseñar algo a la revolución*, sabremos aprovechar lo justo de nuestra doctrina socialdemócrata, de nuestra vinculación con el proletariado, la única clase consecuentemente revolucionaria, para imprimir a la revolución un sello proletario, para llevarla hasta la verdadera victoria, decisiva, efectiva y no verbal, para paralizar la actitud inestable, ambigua y traicionera de la burguesía democrática?”

“Hacia esa finalidad debemos encaminar nuestros esfuerzos. Conseguirlo *depende, por una parte, del acierto con que evaluemos la situación política, de la justeza de nuestras consignas tácticas y, por otra parte, de que dichas consignas sean respaldadas por la fuerza combativa de las masas obreras*” (Lenin, DT, OC, t IX, p. 14) (los subrayados son nuestros).

Un intento de respuesta a la pregunta formulada nos obliga a hacer una descripción de la noción de actualidad, a bosquejar su transformación en *momento actual* o situación actual y a señalar los instrumentos para dicha transformación.

La singularidad de la actualidad

La actualidad, tal como es comúnmente entendida, es una dimensión del tiempo: es el presente, el ahora. Como dimensión del tiempo no es

vacía ni se refiere a un mero fluir cronológico sino que es la dimensión en que todos los elementos de diversa naturaleza se expresan y operan. Debray señala con razón que el tiempo es a la política lo que el espacio es a la geometría. La intervención y la operación de elementos de diversa naturaleza en el tiempo en general y en la actualidad en particular permiten diferenciar tiempos *específicos con eficacia propia*.

La actualidad es igualmente concreta, distinta, singular y única. La actualidad no es abstracta sino que es la concreción en su máxima expresión. La actualidad está constituida por hechos que suceden cotidianamente y de los cuales vivimos sólo un sector muy reducido. La actualidad es singular y única. Como tal no se repite, a pesar de las apariencias. No existen idénticos acontecimientos, sino que cada uno de ellos tiene un sello propio, una singularidad proveniente de su adscripción a diferentes actualidades.

El abigarramiento de los acontecimientos de la actualidad determina que ella aparezca como una realidad caótica. La actualidad es múltiple y heterogénea. Comprende los fenómenos de la más diversa naturaleza, de la más desigual importancia y de una enorme dispersión. Para un observador atento de la actualidad ella revela infinita variedad de matices en los diferentes órdenes de fenómenos.

La actualidad es procesal, variante y discontinua. Está sometida a una dinámica incesante. A la actualidad con toda razón se le puede aplicar la metáfora de Heráclito; "nadie se baña dos veces en el mismo río". El flujo interminable de acontecimientos va determinando diferentes y múltiples actualidades. La variación es la norma de la actualidad. Para ella no existe ni la quietud ni el reposo. Aunque aparentemente percibimos el estancamiento de la actualidad y sintamos el aburrimiento de la repetición, como sucede en las coyunturas ordinarias y aburridas de la historia, incluso en ellas hay movimiento constante, lento, molecular...

La actualidad se presenta como un conjunto de acontecimientos sueltos sin una relación de necesidad existencial. La actualidad es contingente. Sólo un estudio científico puede descubrir las relaciones necesarias entre la multitud abigarrada de los acontecimientos. En la vida cotidiana aparecen como hechos sin conexión necesaria o con supuestas conexiones que el sentido común establece como *condición indispensable* para poder vivir. Pero también es verdad que la actualidad forja el sentido común, le da forma y contenido tanto como la tradición.

En la actualidad se conjugan las diferentes acciones de los individuos, de los grupos sociales y de las clases sociales. La actualidad es el lugar de encuentro y de fusión de las acciones individuales y colectivas. Es el lugar de la práctica social, sea ésta espontánea o sea consciente, sea orgánica o sea voluntarista. Todo es posible en la actualidad, sobre todo en ciertos tipos de actualidad, en las coyunturas revolucionarias por ejemplo, en las que, según Lenin, los límites de lo posible se ensanchan

enormemente. Los objetivos diversos y contradictorios que persiguen los individuos y los grupos sociales, las diversas formas en que se organizan y las diversas formas de luchas que establecen para lograrlos, sus éxitos y sus fracasos, sus temores y sus esperanzas, todo ello se presenta desordenadamente en la actualidad.

La combinación confusa de fenómenos histórico-naturales y de fenómenos histórico-sociales se presenta en la actualidad sin que seamos totalmente conscientes de sus relaciones. Esta combinación expresa la relación entre historia natural-social y la historia natural-física. Es difícil precisar la naturaleza de esta relación sin un análisis científico previo que exige ir más allá de la actualidad, a la historia de esa relación.

La actualidad es la historia viva. Es la producción de acontecimientos nuevos y la vivencia de los antiguos como nuevos. Frente a la historia muerta y congelada del pasado se alza la historia viva del presente articulando lo nuevo que acaba de nacer y lo viejo que no acaba de perecer.

La actualidad como momento actual

Engels, en el prólogo a la tercera edición alemana del *Dieciocho Brumario*, definió el análisis de coyuntura hecho por Marx como “una manera eminente de comprender la historia viva del momento” y como “una penetración profunda en los acontecimiento al mismo tiempo que se producen...” (Marx, DB, *OE*, t. 1, p. 231). Engels señala tres razones que explican la brillantez del análisis de Marx: 1. Los profundos conocimientos que Marx poseía sobre la historia de Francia; 2. Francia es un país privilegiado donde las luchas de clases “se han llevado siempre a su término decisivo” y 3. El descubrimiento de “la gran ley que rige la marcha de la historia”. Las luchas históricas, cualesquiera sea su contenido, no son más “que la expresión más o menos clara de luchas entre clases sociales, cuya existencia o cuyos choques están condicionados, a su vez, por el grado de desarrollo de su situación económica, por el modo de su producción y de su cambio, condicionada por ésta”. (Marx, DB, *OE*, t. 1, pp. 231-232).

La actualidad para ser comprendida tiene que ser transformada en momento actual. El instrumento para esta transformación es la aplicación “de la gran ley que rige la marcha de la historia”: el análisis de las clases sociales en sus diversos campos de lucha... Esta transformación significa el paso de la descripción al análisis y a la síntesis. Ella encuentra algunos “obstáculos epistemológicos” de origen diverso. Algunos de ellos provienen de la ideología, otros de la incompreensión del método dialéctico y finalmente de la misma naturaleza de la actualidad. La noción común de coyuntura alude a una realidad secundaria, puramente accidental, inconsistente e insustancial. Esta concepción de la coyuntura

bloquea el análisis de la misma en la medida en que subestima la realidad de la actualidad y obliga a buscar la sustancia de la coyuntura en otros "niveles" de la realidad. Estos prejuicios sobre la realidad de la actualidad la suponen como constituida por hechos inconexos y ajenos a los movimientos generales y regulares de la sociedad. Los hechos de la coyuntura son pensados como meros accidentes y no como expresión orgánica del movimiento real.

No queremos negar la existencia de acontecimientos externos que no obedecen a una concatenación interna, a una vinculación orgánica con las condiciones generales de una determinada sociedad. Estos hechos accidentales existen y muchas veces tienen un peso decisivo en determinados períodos históricos. Marx califica de "accidente decisivo y desfavorable" la presencia de los prusianos en las puertas de París, accidente que no se inscribe "en modo alguno en las condiciones generales de la sociedad francesa". (Marx-Engels, C. p. 256). Este acontecimiento externo, accidental abre las puertas a la guerra civil, agudiza las contradicciones internas hasta desembocar en un conflicto armado entre las clases sociales. En este sentido, los acontecimientos externos y accidentales son asimilados y redefinidos por la concatenación interna de los acontecimientos orgánicos. Esta concatenación interna que hace inteligibles los acontecimientos obedece a una lógica de las contradicciones de clase que se despliegan en todos los campos.

Algunos acontecimientos, tanto orgánicos como accidentales, tienen un carácter privilegiado. Algunos son grandes acontecimientos que abren las puertas a procesos históricos mayores, a veces de alcance universal: La derrota de la Rusia zarista en 1917 destapó todas las contradicciones sociales y produjo una situación en "extremo original" que desembocó en la Revolución de febrero de 1917; la derrota de Francia en Sedán el 2 de septiembre de 1870 trajo la caída del segundo imperio napoleónico y el surgimiento de una nueva república francesa; el triunfo electoral del partido republicano el 6 de noviembre de 1860 desató el nudo del compromiso entre los esclavistas y el partido demócrata del Norte, compromiso que neutralizaba la contradicción entre las fuerzas esclavistas y anti-esclavistas y la agudizó hasta la guerra civil; la caída de Port-Arthur en enero de 1905 debilita a la autocracia zarista y generaliza la creencia en la necesidad de la revolución, haciendo decir a Lenin que "cuando la creencia en la revolución se hace general, la revolución ya ha comenzado". (Lenin, CPA, OC, t. VIII, p. 45). Otros son acontecimientos menores que, según Lenin, constituyen "pequeños motivos que despiertan grandes pasiones". El domingo sangriento, por ejemplo, en enero de 1905 despertó a las grandes masas del pueblo ruso y permitió el tránsito de la era de la confianza a la etapa de la movilización generalizada. Tanto los grandes acontecimientos como los pequeños motivos, orgánicos o accidentales, son catalizadores positivos que permiten la acción poderosa, libre y eficaz de las contradicciones sociales acumuladas en la historia

de las sociedades. Estos acontecimientos privilegiados pueden ser denominados acontecimientos-ruptura porque abren las puertas a un nuevo período histórico o a giros bruscos al interior de un determinado período histórico.

La incomprensión del método dialéctico atenta igualmente contra la transformación de la actualidad en momento actual. La actualidad es tomada como la mera apariencia frente a una esencia oculta. La apariencia sería una realidad de segundo orden que establece una relación *externa* con lo simple, lo abstracto y lo general y no sería su expresión *necesaria*. Nos permitimos citar extensamente a Lenin sobre este aspecto en la esperanza que pueda ayudar a esclarecer el problema.

“La lógica formal, que es hasta donde llegan las escuelas (...) trata de definiciones formales, aborda lo que es más corriente o evidente, allí se detiene. Cuando se toma y combina al azar dos o más definiciones diferentes (...) obtenemos una definición ecléctica, que denota las diferentes aspectos del objeto y nada más”.

“La lógica dialéctica exige que vayamos más adelante. Primero, para conocer realmente un objeto, debemos considerar y examinar todos sus aspectos, sus conexiones e “intermediaciones”. Esto es algo que no podemos pretender lograrlo completamente, pero el principio de la comprensión es la salvaguardia contra los errores y la inflexibilidad. Segundo, la lógica dialéctica exige que el objeto sea tomado en su desarrollo, en su cambio, en sus “automovimientos” (...). Tercero, la “definición” completa de un objeto, debe incluir toda la experiencia humana como criterio de la verdad y como indicador práctico de su conexión con las necesidades del hombre. Cuarto, la lógica dialéctica sostiene que “la verdad siempre es concreta, nunca abstracta”, como gustaba decir el desaparecido Plejanov siguiendo a Hegel” (Lenin, MAS, OC. t. XXXIV, pp. 374-375).

A pesar de los riesgos de la formalización del método dialéctico, Lenin la juzga útil porque “el principio de la comprensión es la salvaguardia contra los errores y la inflexibilidad”. Su utilidad para el análisis de la actualidad es innegable: La multilateralidad del método dialéctico permite analizar la coyuntura en “todos sus aspectos, sus conexiones e intermediaciones”, estudiar su forma de movimiento (carácter de la ofensiva y de la defensiva en las correlaciones de fuerzas entre las clases en un momento dado), asumir la táctica de las fuerzas políticas como criterio de verificación de las proposiciones políticas que valoran una coyuntura determinada y finalmente valorar la coyuntura como expresión concreta y necesaria de las variadas y múltiples contradicciones de clase evitando el menosprecio de la realidad concreta.

Las características mismas de la actualidad, que hemos descrito anteriormente, constituyen frecuentemente obstáculos para su transformación en momento actual o situación actual.

La dimensión cronológica de la actualidad impide frecuentemente precisar su carácter político. La continuidad y la relativa homogeneidad del tiempo físico generalmente son extrapolados al tiempo político, cuyos rasgos fundamentales son precisamente la discontinuidad y la acentuada heterogeneidad como expresión de la lucha de clases en el campo *específico* del poder, vinculado *más o menos* orgánicamente a otros campos *específicos* de esa misma lucha. Esta extrapolación es uno de los elementos de la concepción reformista del tiempo político: evolución lial, gradual, cuantitativa, pacífica del tiempo político.

Las categorías simples no existen sino en su forma desarrollada, esto es, en la realidad concreta. Lo singular es la única forma de existencia de lo general. Lo abstracto no existe sino en la realidad concreta. La actualidad es el lugar privilegiado para estudiar lo simple, lo abstracto y lo general en su desnuda concreción. No se trata de descubrir lo simple, lo abstracto y lo general *más allá* de la realidad concreta, ni *fuera* de ella, ni *detrás* de ella, pues ello supone una separación real y una desvinculación entre aquéllos y ésta. Lo simple, lo abstracto y lo general tienen que ser descubiertos *en* la rica complejidad de la realidad concreta. Esta es la razón por la cual Lenin define el análisis de la coyuntura como "el análisis concreto de la situación concreta" y sostiene, repitiendo a Hegel y a Plejanov, que la verdad abstracta no existe, que la verdad es siempre concreta. Hemos señalado cómo los hechos singulares se hacen inteligibles a la luz de una concatenación interna de fenómenos, determinada por la lógica de las contradicciones de clase. Podemos señalar lo mismo con respecto a las acciones individuales. Estas son eficaces en la medida que se inscriben dentro de las líneas de fuerza del conflicto de clases: "... Los rápidos movimientos de febrero y marzo de 1848 no fueron obra de simples individuos, sino manifestaciones espontáneas e irresistibles de necesidades nacionales, con mayor o menor claridad adivinadas, pero muy distintamente sentidas por numerosas clases en todos los países..." (Marx, *RC*, p. 18).

La traición, término muy utilizado en la lucha política, no explica nada en sí misma sino se inscribe en la lógica de las contradicciones de clase porque siempre será necesario explicar "cómo puede ocurrir que el pueblo se deja traicionar así" (Marx, *RC*, p. 18). "Nadie que goce de cabal sentido creará que once hombres, en su mayor parte de aptitud indiferente para el bien o para el mal, fuesen capaces en tres meses de arruinar a una nación de treinta y seis millones, a no ser que los treinta y seis millones distinguiesen con tan poca claridad como esos once el camino que habían de recorrer. Pero cómo pudo ocurrir que treinta y seis millones fuesen llamados a decidir el rumbo que habrían que tomar, aunque en parte moviéndose en densas tinieblas, y por qué se perdieron y tuvieron que llamar a sus antiguos directores para que volvieran a ocupar la dirección, es la verdadera cuestión que debe plantearse". (Marx, *RC*, p. 19). El golpe del 2 de diciembre de 1851 no puede ser explicado

por la acción sorpresiva individual puesto que “quedaría sin explicar cómo tres caballeros de industria pudieron sorprender y reducir a cautiverio, sin resistencia, a una nación de 25 millones”. (Marx, DB, OE, t. I, p. 238). Para explicar ese golpe Marx escribió más de un libro. Las acciones individuales y singulares, como los acontecimientos, pueden ser orgánicas, accidentales e inorgánicas, según se vinculen a las necesidades de determinadas clases sociales o no, según que dirijan y representen los intereses de determinadas clases sociales o no. El contenido de clase de las acciones individuales orgánicas es expresado en la misma intencionalidad de la acción y/o en la correlación objetiva de fuerzas. Las acciones individuales accidentales, por voluntarismo o por egoísmo económico corporativo o individual, quedan inexplicadas en la medida en que no se vinculan al principio explicativo de las contradicciones de clase. Sin embargo, algunas veces estas acciones *aparecen* con una enorme eficacia política. ¿Cómo explicar este hecho? En los diversos análisis de Marx desfilan los más heterogéneos personajes cuyas acciones individuales se explican en la medida en que están vinculadas a una clase social determinada. Hay un personaje, sin embargo, “grotesco y mediocre”, en los calificativos de Marx, cuyas acciones ni en su contenido objetivo ni en su intención se vinculan a clase social alguna: Luis Bonaparte. Marx lo describe como un personaje agobiado por las deudas y por sus acreedores, obsesivamente guiado por una sola idea fija y mezquina: asaltar al fisco y expoliar a toda la nación francesa. A pesar de todo, tiene éxito. ¿Cómo explica Marx este éxito? Bonaparte tiene éxito porque “explota” las contradicciones de clase, porque se ubica en los núcleos principales de las correlaciones de fuerzas, se deja arrastrar por ellas, dentro de una coyuntura cuya forma de movimiento es definida por Marx como “línea descendente de la revolución”, hasta desembocar en el poder.

En los diversos escritos de Lenin vemos igualmente desfilan un gran número de personajes cuyas acciones son explicadas por su vinculación a los intereses económicos y/o políticos de determinadas clases sociales. Sus polémicas con diversos publicistas son combates con representantes de las clases sociales enemigas de la revolución. Sus duras polémicas con Plejánov no obedecen al elevado valor intelectual de éste y a su enorme prestigio, sino al hecho de que a través de ese elevado valor intelectual y de ese enorme prestigio, Plejánov, según Lenin, se coloca en el campo de la pequeña burguesía en 1905 y en el campo de la burguesía en 1917. Lo que hemos dicho de los acontecimientos y de las acciones individuales es aplicable también a los personajes. Estos, en su individualidad intransferible, son productos de *típicas* correlaciones de fuerzas entre las clases en las que ocupan una posición determinada. Por eso Lenin llama los Louis Blanc a los líderes mencheviques que ocupan los puestos ministeriales de mayo a octubre de 1917, y los Cavaignac a los oficiales ligados a la burguesía contrarrevolucionaria. Brevemente señalamos la

correlación típica de fuerzas que da origen a los Louis Blanc y a los Cavaignac.

En febrero de 1848 la monarquía francesa es derrocada y los republicanos burgueses toman el poder e imponen el orden. Frente a esta burguesía contrarrevolucionaria se coloca el proletariado revolucionario a la ofensiva y entre ambas fuerzas, la vacilante pequeña burguesía. Los Louis Blanc sirven para neutralizar a la pequeña burguesía y al proletariado sin conciencia de clase y los Cavaignac para reprimir al proletariado revolucionario: "En efecto, Cavaignac no es un episodio casual, ni su 'advenimiento' constituye un caso aislado. Cavaignac representa una clase (la burguesía contrarrevolucionaria), y realiza la política de esa clase". Y Lenin, concluye señalando las semejanzas y las diferencias entre la revolución francesa de 1848 y la revolución rusa de 1917: "En Rusia existen ahora muchas diferencias entre nuestra revolución y la revolución francesa de 1848: la guerra imperialista, la proximidad de las naciones más avanzadas (y no más rezagadas, como era el caso entonces de Francia), un movimiento agrario y un movimiento nacional. Pero esto sólo puede modificar la forma de intervención de los Cavaignac, el momento, las causas externas, etcétera. No puede cambiar la esencia del asunto, pues la esencia reside en las *relaciones de clase*". (Lenin, COC, OC, t. XXVI, pp. 164-165).

Y, sin embargo, en la multiplicidad de los acontecimientos de la actualidad existe una unidad de los mismos y en su heterogeneidad existe una relativa homogeneidad. Su unidad y su homogeneidad dependen nuevamente de una determinada relación de fuerzas entre las clases sociales en un momento dado: un determinado sistema de contradicciones de clase en el que destaca una contradicción principal, una forma particular de correlación de fuerzas vinculadas a este sistema de contradicciones, el carácter de clase de la fuerza que comanda la correlación de fuerzas y las formas específicas de enfrentamiento entre las fuerzas como modo de resolver las contradicciones de clase son los elementos fundamentales que definen la unidad y la homogeneidad del momento actual. Ellos son expresados por Marx como "la peculiaridad", "el carácter del período", "la peculiar fisonomía" y por Lenin como "el rasgo distintivo", "lo que caracteriza el momento actual", "la característica particular" para expresar la existencia de una *lógica interna* que dé unidad y homogeneidad a los acontecimientos múltiples y herogéneos de la actualidad.

En la constante sucesión de acontecimientos, descubrimos unidades de tiempo que tienen una lógica propia: el momento actual. Los diferentes momentos actuales muestran la discontinuidad de la historia. Sin embargo, en esta sucesión de discontinuidades existe la continuidad histórica. Esta puede ser rescatada en un análisis de mediana o larga duración. Una de las categorías que expresa una lógica de larga duración es la *época*, tal como ella es definida por Lenin:

“Se trata de grandes épocas históricas; en toda época hay y habrá movimientos parciales, ora de avance, ora de retroceso; hay y habrá desviaciones diversas con respecto al tipo medio y al ritmo medio del movimiento. No podemos saber con qué rapidez y con qué éxito se desarrollarán los diferentes movimientos históricos de una época dada. Pero sí podemos, lo sabemos *qué clase* ocupa el lugar central en tal o cual época porque determina su contenido principal, la tendencia principal de su desarrollo, las principales particularidades de la situación histórica de la época dada, etcétera. (Lenin, BBA, OC, t. XXII, pp. 239).

Del carácter general de la época no puede ser deducido el carácter peculiar del momento actual. Éste sólo puede ser deducido del análisis concreto de la situación concreta. Son dos lógicas distintas e irreductibles. El momento actual, sin embargo, presenta una mayor riqueza de contenido porque en él se traman las dos lógicas: la lógica general de la época y la lógica específica del momento actual, cuya combinación es rescatada por el método marxista:

“El método de Marx consiste, ante todo, en tener en cuenta el contenido *objetivo* del proceso histórico en el momento concreto dado y en la situación concreta dada, a fin de comprender ante todo el movimiento de *qué clase* es el principal resorte de un posible progreso en esa situación concreta” (Lenin, BBA, OC, t. XXII, p. 237).

Es difícil precisar en la aparente maraña de acontecimientos las relaciones de necesidad entre ellos. Lenin establece diversos tipos de relaciones entre los fenómenos políticos: inevitables, necesarios y posibles.

La inevitabilidad de los fenómenos políticos alude a la existencia de una cierta “legalidad” en la política. Dada determinada correlación de fuerzas, la aparición y el desarrollo de determinados acontecimientos políticos es inevitable independientemente de la voluntad y la conciencia de los actores políticos: “Pero la política tiene su lógica objetiva, con prescindencia de lo que las personas o los partidos planean de antemano”. (Lenin, AAP, OC, t. XI, p. 413), escribe Lenin para analizar la *imposibilidad* de establecer acuerdos técnicos con los cadetes que no terminen en un bloque político con subordinación del proletariado en un país pequeño burgués como Rusia de 1905. Engels, en carta a Sorge del 7 de marzo de 1884, decía que los socialdemócratas podían en ese momento cruzarse de brazos y obligar a los enemigos a trabajar para ellos debido a que desde hacía 40 años se habían preparado las condiciones para ello. Lenin sostiene que, en las elecciones de Petersburgo, de febrero de 1907, todo trabajó a favor de los bolcheviques, incluso sus mismos enemigos, independientemente de su voluntad, gracias al trabajo de la socialdemocracia rusa a pesar de sus pocos años de existencia (Lenin, SEP, OC, t. XII, p. 90).

Esto significa que para que determinados acontecimientos políticos sucedan *inevitablemente* es necesario *construir, producir* previamente una determinada correlación de fuerzas. Marx mismo señaló que el avance de las fuerzas esclavistas en la escena oficial, debido a los compromisos del partido republicano, produce un acentuado desfase con la correlación de fuerzas en la escena política amplia, donde se genera una enorme acumulación de fuerzas antiesclavistas: "Cualquier observador atento de la historia no podía dejar de percibir en cada nuevo avance de la potencia esclavista [en la escena oficial, para ganar territorios, S.L.], era un peso más hacia su derrota final". (Marx, GCCU. t. I, pp. 20-21).

Cuando Lenin habla de fenómenos necesarios se refiere a la relación necesaria entre los objetivos y los medios en la acción política. Es pertinente señalar aquí las relaciones que Lenin establece, en sus análisis concretos, entre la situación objetiva, los contenidos de la lucha, las formas de organización, las formas de lucha y la elección del momento de la lucha.

La situación objetiva (las relaciones de fuerza entre las clases en un momento dado y en una situación determinada) define el contenido de la lucha que, conjuntamente con la historia de las luchas anteriores, determinan la forma de lucha. "El problema de la forma de lucha se halla íntimamente ligado al de la *organización* para la lucha" (Lenin, DDT, OC, t. XI, p. 124). La elección del momento de lucha es un fenómeno muy complejo que depende de la articulación de todos los elementos señalados. Lenin precisa que el desarrollo y el éxito de la insurrección de 1917, por ejemplo, depende de que se apoye en la clase más avanzada, de que se produzca en un momento de ascenso revolucionario del pueblo y en un momento de viraje de la historia en que son mayores las vacilaciones del enemigo y de los indecisos amigos de la revolución. (Lenin, MI, OC, t. XXVII, pp. 132-133).

Los fenómenos políticos posibles dependen de las probables combinaciones de una determinada correlación de fuerzas que producen un gran espacio de incertidumbre. Según Lenin, lo que es posible para el avance de las fuerzas revolucionarias es necesario para las mismas. Recordemos de paso la discusión de Lenin con Struve en *Dos Tácticas* (pp. 64-65) sobre el carácter inevitable o necesario de la insurrección. Lenin sostiene, contrariamente a Struve, que la insurrección es necesaria para la victoria del proletariado y que no es inevitable en sí misma. Lo que es inevitable es la situación revolucionaria, es el predominio de la fuerza. La forma que ésta asuma para la victoria del proletariado depende de lo que este mismo haga. La actualidad es el lugar privilegiado para analizar la relación entre la teoría y la práctica. Políticamente se expresa en la relación entre el análisis de la situación y la táctica, entre la situación actual y las tareas. Se analiza científicamente una situación objetiva con *miras* a establecer una táctica justa. La *implementación* de la táctica verifica tanto

las decisiones tácticas como el análisis de la situación objetiva al mismo tiempo que la transforma. Por eso a Lenin le gustaba decir que “una mala doctrina se corrige perfectamente con una buena revolución”. (Lenin, CNI, OC, t. IX, p. 199). Esta verificación de la táctica tiene importancia tanto teórica como práctica:

“Las divergencias internas de los partidos políticos y entre ellos, se resuelven habitualmente no sólo con la polémica acerca de los principios sino en el curso de la vida política misma, para ser más precisos, no tanto por la primera como por la última. En especial las divergencias relativas a la táctica del partido, o sea, a su actividad política, terminan con frecuencia en que los que razonaban erróneamente emprenden el justo camino de la lucha bajo el ascendiente de las enseñanzas de la vida, bajo la presión de los acontecimientos, que obligan a seguir ese camino justo, que sencillamente hacen a un lado los razonamientos equivocados, los dejan sin base ni contenido, caducos y faltos de interés. Esto no significa desde luego, que las divergencias de principio sobre cuestiones tácticas no tengan seria importancia y no exijan aclaraciones de principios, única forma de mantener el partido a la altura de sus convicciones teóricas. NO. Eso sólo significa que es necesario *verificar* lo más a menudo posible las decisiones tácticas adoptadas, a la luz de los nuevos acontecimientos políticos. Tal verificación es necesaria tanto teórica como prácticamente: teóricamente, para comprobar si en los hechos las decisiones tomadas son justas, y qué correcciones obligan a introducir en ellas los acontecimientos políticos ocurridos después de que ellas fueran tomadas; prácticamente, para aprender a guiarnos de manera acertada por esas decisiones, para aprender a considerarlas como directivas que deben ser puestas en práctica de inmediato”. (Lenin, RE, OC, t. IX, p. 139).

La presencia de fenómenos naturales y sociales en la actualidad expresa la unidad y la contradicción entre la historia natural y la historia social. La relación entre ambas depende del grado de desarrollo económico y social. A medida que éste es mayor, el peso de los acontecimientos naturales es menor y viceversa. En el análisis de España, Marx, por ejemplo, presta mucha atención a ciertas características geográficas, a diferencia de los análisis sobre Francia.

En la actualidad se entrelazan los fenómenos nacionales y los fenómenos internacionales. Los acontecimientos internacionales son tamizados por una correlación nacional de fuerzas, cada una de las cuales los redefine de acuerdo a su ideología y a su propio interés de clase. La articulación compleja entre lo nacional y lo internacional puede producir “situaciones en extremo originales”, como las señaladas por Lenin en febrero de 1917 y que analizamos más adelante. Marx analiza en forma magistral esta vinculación en diversos escritos; la invasión española de 1808 como producto de las relaciones internacionales de fuerza y estudia la reacción

de las fuerzas nacionales (los afrancesados, las fuerzas nacionales reformistas y las fuerzas nacionales reaccionarias), las relaciones entre la revolución y la restauración a partir de la revolución alemana de 1848 en la que las reivindicaciones paneslavistas eran utilizadas por la monarquía absoluta rusa como puestos de avanzadas frente a las revoluciones democráticas burguesas de Europa. Las complejas relaciones económicas y políticas inglesas y las norteamericanas durante la guerra civil cuyo motor es el algodón.

En la actualidad, las fuerzas políticas mediante la acción política, al mismo tiempo que crean nuevas situaciones, transfieren las anteriores:

“Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y que les han sido legadas por el pasado. La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos” (Marx, DB, OE, t. I p. 233).

La acción política es a la coyuntura lo que el trabajo vivo a la economía. Para que las masas de clase sean creadoras de la historia a través de la acción política es necesario que desarrollen su conciencia de clase, se organicen políticamente y desarrollen “sus órganos de percepción histórica”. La conciencia de clase les permite a las clases “pasar” de la estructura a la superestructura, conocer las leyes que regulen sus intereses materiales y particulares y señalar los medios eficaces y las condiciones necesarias para transformar sus intereses particulares en intereses generales de la sociedad, para “pasar” de sus intereses materiales a sus intereses políticos. La organización de la clase, el partido, como programa y como aparato, es la condición indispensable para la acción política eficaz. Mientras más desarrollada sea la memoria histórica de una clase, mayor será la fuerza de su acción política.

Los instrumentos de transformación

Las categorías que permiten transformar la actualidad en objeto científico de análisis, en momento actual, son la contradicción y la articulación de la espontaneidad y de la conciencia en las relaciones de clase.

La contradicción en el capitalismo no es una contradicción simple, definida por la sola relación económica entre el capital y el trabajo. Ella es compleja, pues se articula con otras contradicciones específicas de la superestructura. En la articulación compleja de contradicción de distinta naturaleza (de clase y nacionales, económicas y políticas) una de ellas desempeña el rol de contradicción principal, esto es, la que imprime el

ritmo de movimiento de las otras contradicciones que desempeñan un rol secundario. Esta articulación de contradicciones no permanece siempre idéntica ni la contradicción principal es siempre la misma. Esta varía según cambie dicha articulación cuya variación, a su vez, depende de la acción de determinados acontecimientos. Estos determinan también el grado de viabilidad de las contradicciones.

El sistema de contradicciones determina la forma de alineamiento de fuerzas entre las clases sociales que las expresan en el contenido y en la forma de su enfrentamiento.

Las contradicciones, con la finalidad de evitar el formalismo y el escolasticismo, sólo pueden ser analizadas en su articulación, en su posición, en su función y en sus aspectos, a través de un análisis concreto de la situación concreta. Más adelante estudiaremos las contradicciones en los análisis concretos de Lenin, sobre todo los escritos de la primera revolución de 1917. Aquí nos interesa ilustrar en uno de los escritos (*La Guerra Civil en Estados Unidos*) de Marx, cómo este autor trabaja el tema de las contradicciones al analizar la situación concreta de la guerra civil en los Estados Unidos.

Marx comienza discutiendo con los diarios y revistas inglesas cuál es la contradicción principal que es levantada por la guerra civil.

Frente a la opinión generalizada de aquellos que sostienen que lo que está en juego en la guerra civil es el proteccionismo del Norte y el libre-cambismo del Sur, Marx sostiene que la contradicción principal es el problema de los esclavos. Precisa, sin embargo, que siendo esta una contradicción importante, ella no siempre ha sido la contradicción principal en los enfrentamientos de clase durante casi un siglo, debido a la alianza del Partido Demócrata del Norte con las potencias esclavistas del Sur, alianza que neutralizaba esta contradicción. Señala que la contradicción entre protección y libre-cambismo sólo opera *históricamente después* que ha estallado la guerra de secesión. Junto a esta contradicción, esclavismo-antiesclavismo, existe simultáneamente el problema nacional como contradicción articulada a ella, puesto que la guerra tiene un carácter nacional, es una guerra por mantener la unidad nacional frente a los intentos separatistas de los esclavistas apoyados por el imperialismo inglés cuyos intereses industriales —existencia de una importante rama textil en la industria inglesa de la que dependían más de 3 millones de personas— consumían baratamente el algodón producido por los esclavos norteamericanos. El apoyo del imperialismo inglés es parcialmente contrapeado por los especuladores que exigen la no intervención, en la medida en que ésta alimenta sus propios intereses especulativos. A estas contradicciones se añade otra contradicción entre la correlación de fuerzas de la escena oficial en el senado concretamente, donde cada estado tenía dos representantes independientemente del volumen de su población y la correlación de fuerzas de la sociedad civil “que había aumentado energía

suficiente para corregir las aberraciones de la historia” (la guerra de Kansas; la formación del partido republicano, cuyo programa señalaba que no concedería un milímetro más de territorio al esclavismo, significando con ello la muerte del mismo que, según sus propias leyes económicas, vive de la expansión territorial; la votación cuantiosa en favor del antiesclavista M. Fremont en 1856).

Otra contradicción más, ésta de orden económico, es el enorme desarrollo del Noroeste, que generó fuerzas sociales antiesclavistas de ninguna manera dispuestas al compromiso: “Fuera de estos fenómenos políticos hay un hecho manifiesto, de orden estadístico y económico, el cual indica que la usurpación de la Unión Federal en provecho de los esclavistas había alcanzado el punto a partir del cual tendrán que retroceder de grado o por fuerza. Este hecho es el desarrollo del Noroeste, los inmensos esfuerzos realizados por su población desde 1850 hasta 1860, y la influencia revitalizadora que de ello resulta para los Estados Unidos”. (Marx, *GCEU*, t. I, pp. 26-27).

El acontecimiento que da libre curso a la contradicción largamente neutralizada por la alianza del partido demócrata del Norte con los esclavistas del Sur y que la convierte en contradicción principal, es la victoria del partido republicano, una de cuyas banderas de su programa era la no cesión de un milímetro más a las fuerzas esclavistas significando la muerte del esclavismo. Éste “se jugó entero” ante tal victoria. La victoria electoral de los republicanos debía, pues, empujar a la lucha abierta entre el Norte y el Sur. No obstante, esta victoria misma estuvo condicionada por la escisión del campo demócrata:

“El triunfo electoral es también producto de contradicciones internas: acumulación de fuerzas antiesclavistas de la sociedad civil y contradicciones en el partido demócrata. En este sentido es un acontecimiento orgánico.” (Marx, *GCEU*, t. I, p. 56).

Las relaciones espontáneas de clase, sus relaciones activas y conscientes y la mutua articulación de ambas son otras tantas categorías que permiten transformar la actualidad en momento actual. En esta articulación, que no vamos a analizar en su amplitud, sino sólo indicar, tiene que ser estudiada en tres niveles de complejidad creciente: valor y poder, clase y partido, sociedad y Estado.

II. ¿QUÉ ES UNA COYUNTURA REVOLUCIONARIA?

El momento actual o la situación actual es el cruce del pasado y del futuro en el presente. La historia viva resucita la historia muerta para pro-

yectarse juntas hacia el futuro. Las fuerzas progresivas y las fuerzas regresivas reviven la historia congelada en mitos, leyendas, tradiciones, organizaciones y acciones heroicas, en suma, rescita selectivamente la estructura económica y la estructura política, para darse fuerza en las luchas del presente y proyectarse hacia el futuro. En este sentido, el momento actual es la expresión condenada de una determinada sociedad en un momento determinado. En el momento actual, la acción política crea nuevas situaciones, hace historia al mismo tiempo que transfiere la historia pasada. Como condensación de la sociedad en un momento determinado, el momento actual es la expresión más desarrollada y compleja de la realidad política. Paralelamente, el análisis de coyuntura es la elaboración teórica más compleja del análisis político. Como señala Debray, la historia siempre se presenta a los hombres como coyuntura: "Sólo nos enfrentamos con la necesidad bajo la forma concreta de contingencia" (Debray, *TP*, p. 33).

La particularidad de la coyuntura revolucionaria consiste en que es *un punto de viraje* (Marx, *GCEU*, t. I, p. 50) en la historia de una determinada sociedad. Como tal es un índice de ruptura de la continuidad histórica (Lenin, *JR*, t. VIII, p. 99). La historia se concentra fuertemente en el presente y tanto el pasado como el futuro aparecen clara y brutalmente expresados en el momento actual. Las fuerzas políticas aparecen claramente polarizadas. Las fuerzas reaccionarias son la expresión viva del pasado mientras que las fuerzas revolucionarias aparecen nítidamente como las fuerzas portadoras del porvenir. Pero no existe una identidad absoluta tanto entre las fuerzas contrarrevolucionarias y el pasado como entre las fuerzas revolucionarias y el futuro porque ambas se proyectan en las diversas dimensiones del tiempo y pretenden rescatar la continuidad histórica en sus propios términos. No existe un tiempo político homogéneo sino que éste, como expresión de las contradicciones de proyectos políticos y de intereses económicos de las diferentes clases sociales, es heterogéneo, discontinuo y contradictorio. Estos rasgos aparecen concentrados en una coyuntura revolucionaria constituyendo una especie de bisagra histórica que cierra las puertas a una vieja época histórica y las abre a otra nueva. Esta característica particular —de viraje histórico— engloba un conjunto de fenómenos políticos recurrentes que permiten un análisis diferenciado y específico de las coyunturas revolucionarias.

La destrucción y la construcción en la coyuntura revolucionaria son fenómenos políticos simultáneos y su grado de profundidad depende de la historia de las relaciones políticas entre las clases:

"En la historia, la fuerza destructora de la revolución depende también y no poco, de la fuerza y duración del período de aplastamiento de las aspiraciones de libertad, de la profundidad que adquieran las contradicciones entre la 'superestructura' antediluviana y las fuerzas dinámicas actuales". (Lenin, *DT, OC*, t. IX, p. 52).

Una de las características de las coyunturas revolucionarias es la concentración exacerbada de contradicciones sociales en un momento determinado. Estas contradicciones se expresan políticamente. La política condensa, más que cualquier tiempo social, las contradicciones sociales. Sólo la política tiene la palabra en la solución de estas contradicciones. Esto hace que el problema del orden del día de la lucha política sea la toma del poder como forma de resolver esta concentración de contradicciones. Estas contradicciones polarizan las masas de clase en fuerzas políticas radical e inmediatamente opuestas en términos de la toma del poder. Los intereses revolucionarios y los contrarrevolucionarios se concentran en las clases antagónicas que encuentran en su propia situación "el contenido y el material para su actuación revolucionaria: abatir enemigos, tomar las medidas que dicten las necesidades de la lucha". (Marx, LC, OE, t. I, p. 134).

Lenin describe vivamente la aparición de las contradicciones sociales en la revolución rusa de 1905:

"En la historia de las revoluciones surgen a la luz contradicciones que han madurado a lo largo de décadas y hasta de siglos. La vida adquiere una riqueza sin precedentes. Aparecen en la escena política, como combatiente activo, las masas, que siempre se mantuvieron en la sombra, y que por ello pasan con frecuencia inadvertidas para los observadores superficiales, e inclusive, en ocasiones resultan despreciadas por ellos. Estas masas aprenden en la práctica, ensayan sus primeros pasos a la vista de todos, tantean el camino, se fijan objetivos, ponen a prueba sus propias fuerzas y las teorías de todos sus ideólogos. Realizan heroicos esfuerzos para elevarse a la altura de las tareas gigantescas, de envergadura universal, que la historia les impone, y por grandes que puedan ser las derrotas aisladas y por mucho que puedan conmovernos los ríos de sangre y los millares de víctimas, nada puede compararse en importancia con lo que representa esta educación directa de las masas y de las clases, en el transcurso de la lucha revolucionaria directa. La historia de esta lucha hay que medirla día a día. No por nada algunos periódicos extranjeros iniciaron ya un 'diario de la revolución rusa'. También nosotros lo haremos". (Lenin, JR, t. VII, p. 100-1).

Las contradicciones sociales, que en las coyunturas ordinarias están ocultas y disimuladas, se acumulan y se presentan en la superficie de la sociedad en las coyunturas revolucionarias, haciéndose *visibles* a todas las masas de clase que toman conciencia inmediata de las mismas. En las coyunturas revolucionarias las masas de clase tienden a presentarse como masas políticas más que sociales. Por esta razón la política, que es la esfera de las relaciones sociales activas y conscientes, aparece como la expresión concentrada de estas contradicciones acumuladas. Las contradicciones entre la superestructura antediluviana, la autocracia, y las nuevas fuerzas dinámicas, entre el desarrollo capitalista que ha alcanzado incluso

la fase imperialista y el atraso feudal, entre la burguesía y el proletariado, entre los diversos países imperialistas, se acumularon en la Rusia de 1905 y se expresaron en las fuerzas revolucionarias dirigidas por la clase obrera y las fuerzas contrarrevolucionarias lideradas por la autocracia: "Se ha acumulado demasiado material inflamable en la vida rusa. Es demasiado profunda y aguda la lucha preparada por siglos de violencia, de martirios, de padecimientos, de pillaje y de explotación sin precedentes en la historia. Esta lucha del pueblo contra el antiguo poder no puede ser encuadrado en los límites de la lucha de la Duma por obtener uno u otro ministerio. No hay fuerza capaz de contener ni a los 'súbditos' más oprimidos o ignorantes y de impedirlos que proclamen sus exigencias, cuando comienzan a despertar como hombres y como ciudadanos. El antiguo poder, que siempre hizo las leyes, que al luchar por su existencia recurre a los últimos métodos, los más desesperados, más salvajes y furiosos, no puede ser refrenado con llamados a respetar la ley." (Lenin, RIL, t. X, p. 508).

La acumulación de contradicciones en Rusia de febrero de 1917, que se expresa en los efectos particulares de la guerra imperialista, hicieron de ésta un eslabón débil en la cadena imperialista: "Era natural que la crisis revolucionaria estallara en *primer lugar* en Rusia zarista, donde la desorganización era en extremo aterradora y el proletariado en extremo revolucionario (no en virtud de cualidades especiales, sino debido a las tradiciones, aún vivas de 1905). Esta crisis se precipitó por la serie de durísimas derrotas sufridas por Rusia y sus aliados. Las derrotas sacudieron todo el viejo mecanismo gubernamental y todo el viejo orden de cosas, y despertaron la cólera de *todas* las clases de la población contra ellos; exasperaron al ejército, liquidaron una gran parte del antiguo comando, compuesto por aristócratas reaccionarios y por elementos burócratas extraordinariamente corrompidos y fueron reemplazados por un elenco joven, fresco, principalmente burgués, plebeyo y pequeñoburgués. Aquellos que se rebajaban ante la burguesía o simplemente no tenían agallas, y que clamaban y vociferaban sobre el 'derrotismo', hoy se enfrentan con el hecho de la vinculación histórica entre la derrota de la más atrasada bárbara monarquía zarista y el *comienzo* del incendio revolucionario".

"Pero mientras las derrotas al principio de la guerra fueron un factor negativo que precipitó la explosión, los *vínculos* entre el capital financiero anglo-francés, el imperialismo anglo-francés y el capital octubrista kadete de Rusia fue un factor que aceleró esta crisis, mediante la *organización* directa de *un complot* contra Nicolás Romanov". (Lenin, CL, t. XXIV, p. 339).

Lenin explica cómo la forma de articulación entre la coyuntura internacional y la coyuntura nacional rusa produjo una *situación original* de explosión revolucionaria en Rusia y de posibilidades de triunfo de las

fuerzas revolucionarias en febrero de 1917. Hay dos articulaciones históricas que subrayar: la articulación entre la derrota de la atrasada monarquía zarista con el comienzo de la revolución, y la articulación entre el imperialismo anglo-francés con el capital octubrista y kadete de Rusia.

La primera vinculación muestra la existencia de una aguda contradicción entre una sociedad política históricamente atrasada, que se expresa en la monarquía absoluta, y una sociedad civil que alberga entre las fuerzas revolucionarias a la clase más avanzada de la historia, al proletariado. El punto político *inicial* y el punto político *terminal* del capitalismo coexisten contradictoriamente en Rusia. La derrota de la Rusia zarista hace estallar esta contradicción oponiendo a prácticamente todas las clases de la sociedad contra el Zar y descomponiendo y recomponiendo el ejército, bastión de dominio del zarismo. Esta es la contradicción principal que es develada por la *derrota* de la monarquía zarista.

La segunda vinculación —entre el imperialismo anglo-francés y el capital octubrista y kadete— revela dos contradicciones secundarias: las contradicciones interimperialistas, entre el imperialismo anglo-francés y el imperialismo alemán, especialmente, y las contradicciones entre las fracciones dominantes en Rusia. Las primeras se expresan políticamente a través de alianzas y conflictos de clase en las segundas a través de la alianza del imperialismo anglo-francés con el capital octubrista y kadete contra el zarismo terrateniente y militarista y contra el imperialismo alemán. Esta alianza, expresada en una acción política concreta, en “la *organización* directa de un *complot* contra Nicolás Romanov”, que estaba a punto de entrar en negociaciones de paz con Alemania, *acelera* la aparición y la solución de la contradicción principal.

En la primera revolución de 1917 se combinaron elementos históricos que configuraron “una situación histórica en extremo original”, ya que en ella “se *unieron*, en forma asombrosamente ‘armónica’, corrientes absolutamente diferentes, intereses de clase absolutamente heterogéneos, aspiraciones políticas y sociales absolutamente opuestas”. (Lenin, CL, t. XXIVV, p. 340). Esta combinación de elementos diferentes, heterogéneos y opuestos permitieron que la primera revolución triunfara en corto tiempo apareciendo ante las mentes legas como un milagro que no existe ni en la naturaleza ni la historia, “pero todo viraje brusco de la historia, y esto se aplica a toda revolución, ofrece un contenido tan rico, descubre combinaciones tan inesperadas y peculiares de formas de lucha y de alineación de las fuerzas en pugna, que para la mente lega muchas cosas pueden aparecer milagrosas” (Lenin, CL, t. XXIV, pp. 335-336).

Las contradicciones de clase no se revelan en forma espontánea y de golpe por completo. Su expresión desarrollada es la polarización de las clases en masas políticas y es producto de la acumulación histórica de la lucha de clases.

La acción política abierta de las diversas clases sociales es otra característica de las coyunturas revolucionarias. Las contradicciones acumuladas incorporan a gigantescas masas de clase, sobre todo populares, a la creación de la historia: "En vez de unas cuantas fracciones de la burguesía —decía Marx, refiriéndose a la revolución de febrero de 1848—, todas las clases de la sociedad francesa se vieron de pronto lanzadas al ruedo del poder político, obligadas a abandonar los palcos, el patio de butacas y la galería y a actuar personalmente en la escena revolucionaria" (Marx, C, L.C. *OE*, t. I, p. 132).

En las coyunturas revolucionarias el campo de la espontaneidad se reduce y el de la conciencia se expande, el consenso desaparece para dar lugar al surgimiento de una nueva voluntad colectiva. Esta característica de las coyunturas revolucionarias se explica por la aparición de las *contradicciones sociales en la superficie de la sociedad, por la exposición "a la luz del día" de las diferentes contradicciones sociales que son vistas y sentidas por grandes masas de clase*. La aparición de las contradicciones sociales en la superficie de la sociedad es realizada por determinados acontecimientos políticos que son el *motivo* para que *las causas* que producen los grandes procesos históricos se "desencadenen" y operen abierta y eficientemente.

Lenin sostenía que los períodos revolucionarios se diferencian de los períodos históricos ordinarios por el hecho de que en aquéllos el estado de ánimo y la convicción de las masas se convierten en hechos. Estos hechos configuran una correlación política y militar de fuerzas, resquebrajan la vieja superestructura y crean para las masas populares una nueva superestructura.

La acción política abierta de las diversas clases se canaliza a través de los partidos y se polariza en dos campos claramente definidos: el campo de la revolución y el de la contrarrevolución.

Los problemas abstractos aparecen desnudamente concretos en las coyunturas revolucionarias. Lo general aparece como particular de una manera sencilla y directa. Esto posibilita la elevación del nivel de conciencia de las masas. Los acontecimientos, la conducta de los personajes, la nación de las fuerzas políticas muestran su real naturaleza de clase en las coyunturas revolucionarias: "Los principales grupos sociales de la Rusia actual han emprendido, de uno u otro modo, el camino de la actuación política pública y de masas. Las diferencias fundamentales de intereses son implacablemente reveladas con la actuación definida. Se ve la verdadera fisonomía de los partidos. Los acontecimientos, de manera inflexible agrupan a los partidarios de las diferentes clases y los obligan a decidir quién está con quién, y quién está contra quién". (Lenin, SSPA, *OC*, t. X, p. 485).

Las falsas promesas se desvanecen, las ilusiones se esfuman y aparecen en la superficie de los fenómenos la verdadera esencia de las cosas:

“La revolución enseña. Ella brinda a todas las clases del pueblo y a todos los pueblos de Rusia excelentes lecciones concretas sobre el tema: *La esencia de la Constitución*.

“La revolución enseña, porque plantea de manera palpable y concreta los candentes problemas políticos que deben ser resueltos, obliga a las masas populares a sentir esos problemas, torna imposible la existencia misma del pueblo si no se resuelven esos problemas, desenmascara en la práctica lo inservible de cualquier género de tapujo, excusa, promesa, reconocimiento. ‘Nos dieron todo, pero no tenemos nada’. Porque nos ‘dieron’ solamente promesas, porque no tenemos poder verdadero. Hemos llegado muy cerca de la libertad, hemos obligado a todos, hasta al Zar, a reconocer la necesidad de la libertad. Pero no necesitamos el papelito que promete derechos legislativos a los representantes del pueblo; necesitamos el verdadero poder soberano del pueblo. Cuanto más nos acercamos a ello, más insoportable resulta su carencia. Cuanto más seductores los manifiestos del Zar, más intolerante el poder zarista.

“La lucha se aproxima al desenlace, a la solución del problema de si el poder real queda en manos del gobierno zarista. En cuanto a reconocer la revolución, ahora ya todos la han reconocido.” (Lenin, SAD, OC., t. IX, p. 453).

Las acciones políticas individuales pasan a un segundo plano frente a las acciones políticas colectivas de las masas. Si el individuo y las acciones individuales se destacan en estas coyunturas es por su ligazón directa con las aspiraciones y acciones de las masas de las diversas clases. La historia se masifica y el campo para los personajes providenciales se reduce. El campo intermedio de fuerzas tiende a diluirse y a asimilarse en uno de los dos campos definidos. Las clases sociales intermedias, las fuerzas políticas conciliadoras y los individuos vacilantes pierden terreno para su acción y son empujados por los acontecimientos a someterse a la polarización inevitable.

En la Revolución de febrero de 1917 todas las clases de Rusia se presentaron organizadas en tres fuerzas políticas: a) la monarquía zarista, cabeza política de los terratenientes feudales, de la vieja burocracia y de la casta militar; b) Los octubristas y los kadetes, que representan y dirigen a la burguesía rusa y a un sector terrateniente seguidos por la pequeña burguesía dirigida por Kerenski, y c) El soviet de diputados, obreros y soldados. Lenin señala que detrás de esta aparente tripolaridad de fuerzas, existe una real polarización política de clases: “El conflicto de estas tres fuerzas determina la situación que ha surgido ahora, una situación de *transición* entre la primera etapa de la revolución y la segunda”.

“El antagonismo entre la primera fuerza y la segunda *no es* profundo, es momentáneo, fruto *solamente* de la coyuntura actual del brusco viraje de los acontecimientos en la guerra imperialista. Todo el nuevo gobierno.

es monárquico, pues el republicanismo *verbal* de Kerenski simplemente no se puede tomar en serio, no es digno de un estadista, y *objetivamente* es una tramoya política. El nuevo gobierno que aún no ha asestado el golpe de gracia a la monarquía zarista ya *ha empezado a pactar* con la dinastía terrateniente de los Romanov. La burguesía de tipo octubrista-kadete *necesita* una monarquía para que sirva como cabeza de la burocracia y del ejército, para salvaguardar los privilegios del capital contra los trabajadores". (Lenin CL, t. XXIV, p. 343).

Los análisis políticos de Marx señalan también esta polarización de clase a pesar de su aparente heterogeneidad. La revolución de febrero de 1848 opuso radicalmente todas las fuerzas burguesas contra el proletariado cuya derrota significó la imposición de la contrarrevolución y la aceleración de la línea descendente de la coyuntura revolucionaria francesa de 1848. Idéntica polarización de clases tuvo lugar en Alemania, especialmente en las insurrecciones de marzo de 1848 en Viena y en Berlín que derrocaron a Metternich y al rey, respectivamente. Lo mismo puede decirse de los ciclos revolucionarios españoles de 1808-1814, de 1820-1823, de 1834-1843 y de 1856-1858 que contrapusieron las fuerzas democráticas con la monarquía absoluta. La guerra civil de EEUU opuso militarmente a las fuerzas esclavistas y antiesclavistas y la guerra civil francesa de 1871 enfrentó, por primera vez en la historia, al proletariado socialista y a la reacción burguesa.

El tipo de polarización política depende de la naturaleza de las contradicciones entre las clases y de la acumulación de las mismas en una época histórica determinada y de su expresión en un momento dado.

En esta polarización de clases las fuerzas en pugna tratan de ganar aliados y posiciones en la correlación de fuerzas para imponerse en las batallas decisivas. La trágica derrota del proletariado francés de junio de 1848 tuvo como causa el hecho de que éste se mantuviera separado y aislado de las otras clases explotadas, especialmente del campesinado. Sólo la derrota mostró al proletariado que si quería conquistar el poder tenía que atraer y dirigir a la gran masa de la nación francesa, al campesinado. La toma de conciencia de este hecho por parte del proletariado hizo que esa derrota circunstancial fuera un triunfo histórico. Por eso Marx grita: "¡La revolución ha muerto! ¡Viva la revolución!" (Marx, LCF, OE; t. I, pp. 149-50).

El desplazamiento de la racionalidad política desde las vanguardias políticas hacia las amplias masas de las diversas clases es un rasgo distintivo de las coyunturas revolucionarias. En las masas populares esto tiene un carácter aluvional que atemoriza a las dirigencias pequeño-burguesas "sensatas" para quienes "los períodos de torbellino revolucionario son una locura ("fueron olvidados todos los principios, el pensamiento mismo y el sentido común casi desaparecieron"), mientras que los períodos de aplastamiento de la revolución y de progreso pequeñoburgués (...)

constituyen la etapa de la actividad sensata, consciente y ordenada. (Lenin, TKT, P.O., t. X, p. 254).

El desplazamiento de la racionalidad política está determinado por el desocultamiento de las contradicciones sociales cuyo develamiento eleva el grado de conciencia de las masas y las empuja a la acción política abierta. Este develamiento determina, por eso mismo, el pase de un tiempo político pacífico y lento a otro agitado y turbulento. Este último no es el tiempo político de la irracionalidad y del caos, sino el período histórico de predominio de la racionalidad y del nacimiento de un nuevo orden. La conciencia burguesa y la conciencia pequeño burguesa tienen una concepción homogénea, abstracta y metafísica del tiempo político. Por eso, para ellas los períodos revolucionarios, en los que predomina la racionalidad política, aparecen como irracionales y caóticos:

“Esta concepción de los dos períodos (el de “torbellino” y el kadete) constituye el leitmotiv del artículo del señor Blank. Cuando la historia de la humanidad avanza con la velocidad de una locomotora, lo llama ‘torbellino’, ‘torrente’, ‘desaparición’ de todos los ‘principios e ideas’. Cuando la historia avanza a paso de carreta, su símbolo es la razón y el método. Cuando las masas del pueblo, por sí mismas, con todo su virgen primitivismo, su simple y ruda decisión, comienzan a hacer la historia, a dar vida en forma directa e inmediata a los ‘principios y teorías’, entonces el burgués se atemoriza y clama que ‘la razón es relegada a segundo plano’. (¿No será a la inversa, ¡oh héroes del filisteísmo! En la historia ¿no es precisamente en tales momentos cuando aparece en primer plano la razón de las masas, no la razón de ciertos individuos? ¿No es en estos momentos, precisamente, cuando la razón de las masas se transforma en fuerza dinámica, efectiva y no de gabinete?). Cuando el movimiento directo de las masas es aplastado por los fusilamientos, las torturas, los apaleamientos, la desocupación y el hambre; cuando comienzan a salir de sus escondrijos las chinelas de la ciencia profesoral financiada por los Dubasov, y pretenden resolver las cosas *por* el pueblo, *en nombre de las masas*, mientras venden y traicionan sus intereses en beneficio de un puñado de privilegiados, entonces los paladines del filisteísmo consideran que ha llegado la época del sosegado y tranquilo progreso, ‘le llegó el turno a la pensamiento y a la razón’. El burgués es siempre y en todas partes fiel a sí mismo: tómese Poliárnaia Zvezdá o Nasha Zhizn, léase a Struve o Blank, en todas partes se encontrará lo mismo, en todas partes la misma mediocridad, la misma pedantería profesional, la misma apreciación burocrática o inanimada de los períodos revolucionarios y reformistas. Los primeros son los períodos de locura, tolle Jahve, de desaparición del intelecto y la razón, los segundos, los de la actividad ‘deliberada y sistemática’.” (Lenin, TKT, t. X, pp. 254-255).

En las coyunturas revolucionarias, las masas indiferenciadas de clase se convierten en actores y en sujetos de la historia, pasan masivamente

de la pasividad a la acción, saltan de la espontaneidad a la conciencia. Sin embargo, la espontaneidad no desaparece. Ella se subordina a la conciencia, luego de ser el detonante de las acciones revolucionarias. Los estallidos violentos de las masas espontáneas se imponen al despertar lento y molecular de los períodos ordinarios. Las pasiones y los prejuicios de las masas atrasadas de clase predominan sobre la racionalidad política en los primeros pasos de la escena revolucionaria. Pero la conciencia se eleva a medida que la lucha se intensifica y los estallidos violentos adquieren estabilidad y consistencia y se convierten en movimientos sociales y éstos se transforman en fuerzas políticas. Todo este ascenso revolucionario de la conciencia tiene una velocidad inusitada, propia de las coyunturas revolucionarias:

“Que no me digan que hablo de la preferencia de los Blank por uno u otro período. No se trata en modo alguno de preferencias; la sucesión de los períodos históricos no depende de nuestras preferencias subjetivas. se trata de que, *en el análisis de las características* de uno u otro período (completamente independiente de nuestra preferencia o de nuestras simpatías) los Blank desvergonzadamente *deforman la verdad*. Se trata de que precisamente los períodos revolucionarios son más amplios, más ricos, más deliberados, valerosos y vívidos al hacer la historia que los períodos de progreso pequeño-burgués, kadete y reformista. ¡Pero los señores Blank pintan las cosas al revés! Presentan la indigencia como un modo magnífico de hacer la historia. Consideran la inactividad de las masas aplastadas u oprimidas como el triunfo del ‘sistema’ en la actividad de los burgueses y funcionarios. Lamentan la desaparición del pensamiento y de la razón justamente cuando, en lugar del tijeiteo de proyectos de la ley por parte de toda suerte de tinterillos de oficina y de penny-e-liners (escribas a tanto por línea) liberales, llega el período de la acción política directa de la ‘plebe’, la que con toda sencillez, directa e inmediatamente, derriba los órganos de opresión del pueblo, se apropia del poder, toma para sí lo que se consideraba como perteneciente a todo tipo de expoliadores del pueblo; en una palabra, justamente cuando el pensamiento y la razón de millones de seres agobiados se despiertan no sólo para leer libros, sino para la acción, para la acción viva, humana, para la creación histórica”. (Lenin, TKT, t. X, p. 255).

La politización de las masas aumenta enormemente su capacidad creadora que rompe con formas cotidianas de vida, de pensamiento y de organización y quiebra los patrones de conducta socialmente aceptados como “normales”, desarrolla nuevas formas de organizar la vida y la conducta, inéditas formas de lucha y nuevos regímenes sociales. La vida tranquila y pacífica de los períodos ordinarios, tan cara a los partidarios del *statu quo* y de los reformistas, queda hecha pedazos por la vida revolucionaria, fuente inagotable de nuevas enseñanzas. Las viejas doctrinas quedan muertas y rezagadas frente al torrente impetuoso de la revolución que

expresa las más profundas reivindicaciones de la vida de las grandes masas del pueblo. La capacidad creadora del pueblo en las coyunturas revolucionarias, manantiales de nueva vida, produce una enorme alegría de vivir frente a los estancados y aburridos períodos ordinarios de la historia. Por esta razón, Lenin afirma que la revolución enseña y que la lucha educa tanto a los dirigentes como a los dirigidos.

Del mismo modo que se acrecienta la imaginación política de las masas en los períodos revolucionarios, asimismo, se multiplica su energía combativa. Los fines que se proponen son enormes, a veces de alcance universal, (“saltar hasta el cielo” en la Comuna de París) y las acciones que realizan para alcanzarlas son heroicas. El desarrollo de la iniciativa popular en las coyunturas revolucionarias recorta la autonomía con respecto a las masas de las vanguardias políticas que muchas veces se rezagan y se separan de las mismas. Esta separación entre dirigente y dirigidos entre representantes y representados, que se produce, por ejemplo, en la Revolución francesa entre 1848 y 1851 y que Marx describe y explica magistralmente en *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, constituye la crisis orgánica. Este mismo fenómeno se produce en los soviets con los partidos eseristas y mencheviques, cuya separación gradual de las masas de julio a octubre de 1917 Lenin analiza en artículos del mismo período.

Otra característica de las coyunturas revolucionarias, estrechamente vinculada a la polarización política de las clases sociales, es la reducción de las alternativas políticas. El dilema inevitable de la coyuntura revolucionaria es que si no hay revolución entonces habrá contrarrevolución. Esto es inevitable. El problema a resolver no es si habrá revolución o contrarrevolución sino cuál de ellas vencerá. La solución de este problema depende de lo que hagan las fuerzas políticas y sociales que se alinean en dos campos contrapuestos. En las coyunturas revolucionarias los políticos conciliadores y vacilantes no tienen lugar y las posiciones intermedias son barridas por la fuerza de los hechos y por radicalidad de las soluciones antagónicas: “Cuando más aguda se torna la lucha entre el pueblo y el antiguo poder, más insostenible es la situación del intermediario, y más impotentes son los fluctuantes”. (Lenin, *OC*, t. X, p. 396). Clases sociales, fuerzas políticas y personajes que pretenden desempeñar un rol conciliador no encuentran las condiciones económicas, sociales y políticas para su éxito. Aquí entra a la discusión el papel de la pequeña burguesía en las coyunturas revolucionarias. Recordemos las burlas de Marx referentes a la pequeña burguesía alemana y francesa y de la misma burguesía en los países capitalistas de desarrollo tardío. “La montaña ha parido un ratón”, decía Marx refiriéndose al comportamiento de la burguesía alemana de 1848. La burguesía alemana, colocada entre el absolutismo reaccionario y las fuerzas revolucionarias, terminó aliándose con el primero por temor a las segundas.

El desarrollo tardío del capitalismo en Alemania hizo que la burguesía alemana se ubicara entre el atraso feudal y el avance del proletariado. Pero la burguesía alemana se veía empujada hacia la revolución “no sólo por la clase que estaba detrás, sino por toda la Europa que estaba delante de ella”. Y frente a la presión de estas fuerzas contradictorias no se comportó como una clase revolucionaria que asumiera la representación de toda la sociedad burguesa, como lo hizo la burguesía francesa, sino que descendió “a la categoría de *estamento* tan opuesto a la corona como al pueblo”. Si se ve en algún momento a la cabeza de la revolución no es “porque la siguiese el pueblo, sino porque el pueblo la empujaba ante sí”. Marx describe las características de esta burguesía de este modo:

“...sin fe en sí misma y sin fe en el pueblo, gruñendo contra los de arriba y temblando ante los de abajo, egoísta frente a ambos y consciente de su egoísmo, revolucionaria frente a los conservadores y conservadora frente a los revolucionarios, recelosa de sus propios lemas, frases en lugar de ideas, empobrecida ante la tempestad mundial y explotándola en provecho propio, sin energía en ningún sentido y plagiando en todo, vulgar por carecer de originalidad y original en su vulgaridad, regateando con sus propios deseos, sin iniciativa, sin una vocación histórica mundial, un viejo maldito que está condenado a dirigir y a desviar en su propio interés senil los primeros impulsos juveniles de un pueblo robusto; sin ojos, sin orejas, sin dientes, una ruina completa: tal era la burguesía prusiana, cuando, después de marzo, se encontró al timón del Estado prusiano”. (Marx, *OE*, BC, t. I, p. 54-55).

Semejante es el razonamiento de Lenin con respecto a la burguesía rusa y a la pequeña burguesía rusa en las revoluciones de 1905 y de 1917:

“La esencia de la ubicación económica de la pequeña burguesía, que oscila entre el capital y el trabajo, engendra inevitablemente la inestabilidad y la dualidad política del partido kadete, lo lleva a su conocida teoría de la conciliación (“el pueblo tiene derechos pero es derecho del monarca confirmar esos derechos”), hace de su partido el partido de las ilusiones constitucionalistas. El ideólogo de la pequeña burguesía no puede comprender ‘la esencia de la constitución’. Carece de suficiente aptitud para organizar en forma independiente, sin vincularse a la clase combativa, la lucha directamente revolucionaria. Ubicada fuera de la lucha económica candente de nuestra época, también en política prefiere ceder el primer puesto a otras clases cuando se trata de conquistar de veras una constitución, de asegurar en los hechos una verdadera Constitución. Que el proletariado luche por conquistar la base constitucional, pues con esta base constitucional, aunque esté construida sobre los cuerpos de los obreros asesinados durante la insurrección, podrán jugar al parlamentarismo los hombrecillos de juguete. Tal es la tendencia inherente a la burguesía; y el partido kadete, personificación purificada, ennoblecida, elevada, perfumada, idealizada y endulzada de las tendencias de la

burguesía en general, actúa en esa dirección con admirable firmeza". (Lenin, TKT, t. X, pp. 220-221.)

Las fuerzas políticas, vinculadas a estas clases, corren el mismo destino de éstas. Este es el caso de los kadetes en la Revolución de 1905: "Los kadetes no son un partido, sino un síntoma. No son una fuerza política, sino la espuma que produce el choque de dos fuerzas en lucha más o menos equilibradas". (Lenin, TKT, t. X, p. 223).

Los personajes conciliadores como Ledru-Rollin en la Revolución francesa del 48, cuya política consistía en las grandes declaraciones revolucionarias y en tímidas acciones reales, como Jovellanos que, en el ciclo de 1808 a 1814 de la Revolución española, mostró que no era "un hombre de acción revolucionaria, sino más bien un reformista bien intencionado que por su excesiva consideración de los medios no había llegado nunca a conseguir un fin". (Marx, *RE*, p. 88), corren la misma suerte de las clases y de las fuerzas políticas intermedias.

Lenin se burla igualmente de los líderes eseristas y mencheviques que ocupan puestos ministeriales luego de la primera Revolución de 1917.

El tiempo político tiene características peculiares en las coyunturas revolucionarias, tanto en su grado de concentración como en su velocidad.

El enfrentamiento decisivo entre las fuerzas progresivas y las fuerzas regresivas en las coyunturas revolucionarias hace que en el presente se conjuguen estrechamente el pasado y el futuro. La historia es el presente revolucionario y tiene sólo dos dimensiones: Pasado y futuro que se convierte en pasado o futuro. En los períodos ordinarios, en cambio, el tiempo político es tridimensional y se presenta relativamente disperso, a pesar de que también ellos articulan la historia en el momento actual.

La concentración del tiempo político y la participación de las masas en la lucha política le imprimen una gran velocidad al mismo, haciendo que las clases y las naciones recorran un espacio político considerablemente mayor que en los períodos ordinarios de la historia:

"Tan pronto como se logra obtener una victoria contra el enemigo común, los vencedores vuelven a dividirse y tornan contra sí las respectivas armas. Este rápido y apasionado desarrollo de antagonismos sociales, es lo que constituye en las revoluciones, el más poderoso agente del progreso social y político; este rápido y constante subir de los nuevos partidos al poder, sucediéndose, incesantemente, es lo que hace durante estas graves conmociones, recorrer a las naciones más espacio durante cinco años que el que hubiesen recorrido en un siglo y bajo circunstancias normales". (Marx, *DE*, t. I, p. 54).

Por esta razón las revoluciones constituyen métodos abreviados para hacer avanzar la historia de las sociedades y para aprender sus grandes lecciones. (Marx, *DB*, p. 236).

Marx utilizaba una metáfora para señalar la velocidad del tiempo político diciendo que en los períodos revolucionarios “la historia avanza con la velocidad de una locomotora. (Marx, DE, LC, p....). Lenin retoma esta figura retórica para explicar la velocidad de los acontecimientos políticos de las revoluciones rusas de 1905 y de 1917. La gran velocidad del tiempo político de los períodos revolucionarios permite a la masa aprender en corto tiempo lo que no han aprendido en varios años debido a que en ese lapso se suceden múltiples y variados acontecimientos cuyo acaecer en los períodos ordinarios implicaría una larga duración. La velocidad de los acontecimientos políticos determina que muchas fuerzas políticas no puedan captar el carácter de los mismos y queden rezagadas frente a ellos y pierdan, por consiguiente, su capacidad de dirección. Lenin, en cambio, se entusiasma con la velocidad del tiempo político impreso por la participación de las masas en la creación de la historia.

“Da alegría de vivir en una época en que las masas comienzan a participar en la vida política”. (Lenin, SSPA, t. X, p. 405).

Según Lenin, en la Revolución de 1905 hay un “paso asombrosamente rápido del terreno puramente económico al terreno político” (Lenin, DC, t. VIII, HP, p. 87). “La clase obrera ha recibido la gran lección de la guerra civil: la educación revolucionaria del proletariado avanzó en un solo día más que en meses y en años de gris y mediocre vida cotidiana”. (Lenin, CRR, OC, t. VIII, p. 92).

La velocidad del tiempo político hace envejecer rápidamente las doctrinas, los programas, las tácticas, las consignas que, a pesar de su inmediatez cronológica, se convierten inevitablemente “en cosas del pasado” y tienen que replantearse y renovarse constantemente.

El predominio del momento de la fuerza sobre el momento del consenso en la lucha política es otra de las características importantes de las coyunturas revolucionarias. El predominio de la fuerza en la lucha política se funda en la insubordinación general de las clases subalternas que cuestionan la dominación de las clases dominantes y ponen al orden del día el problema del poder. La insubordinación alcanza hasta la institución disciplinada por excelencia: el ejército. Son numerosas las sublevaciones militares analizadas por Lenin en 1905 y en 1917. Marx señala lo mismo en el caso español.

“En tiempos revolucionarios, *cuando se relajan todos los lazos de subordinación*, la disciplina militar no puede ser restablecida sino por el severo peso de la disciplina sobre los generales. Al no poder la Junta Central, por su incongruente naturaleza, realizar nunca con éxito la supervisión de sus generales, los generales fracasaron a su vez en el intento de conseguir la obediencia de sus soldados, y la guerra terminó sin que el ejército español llegara a conseguir un grado aceptable de disciplina y subordinación”. (Marx, RE, p. 97).

El predominio aparece como co-relación militar de fuerzas y el desenlace es necesariamente militar. La correlación militar aparece como necesidad para resolver las insalvables contradicciones que oponen a las clases. En la Rusia de 1905 Lenin plantea la necesidad de la insurrección no como un acto voluntarista sino como un acto históricamente inevitable dada la correlación política de fuerzas y políticamente necesario para resolver los problemas decisivos de la Rusia de la época.

El problema de la violencia revolucionaria se presenta en forma más compleja para la Revolución de 1917. El período de la existencia del doble poder, que va del 27 de febrero al 4 de julio y que “expresaba material y formalmente, el carácter indefinido y transitorio del poder estatal”, permitía el tránsito *pacífico* de todo el poder del gobierno provisional a los soviets: “En ese entonces el poder era inestable. Lo compartían, por acuerdo voluntario, el gobierno provisional y los soviets. Los soviets eran delegaciones de la masa de obreros y soldados libres, es decir, no supeditados a la coerción exterior, y armadas. Las armas estaban en manos del pueblo, y no había coerción sobre el pueblo desde afuera: tal era la *verdadera esencia* de la cuestión. Eso era lo que abría y garantizaba una vía pacífica para el desarrollo de la revolución. La consigna ‘Todo el poder a los soviets’ era una consigna para el paso siguiente, el paso de realización inmediata en esta vía pacífica de desarrollo. Era la consigna del desarrollo pacífico de la revolución que, desde el 27 de febrero hasta el 4 de julio, era posible, y, por supuesto, el más deseable, pero hoy es ya absolutamente imposible”. (Lenin, SLC, OC, t. XXVI, pp. 264-265). La vía pacífica se hace imposible al desatarse la ofensiva contrarrevolucionaria el 4 de julio de 1917, que implicó la desaparición del doble poder: “El viraje del 4 de julio consiste precisamente en un cambio brusco de la situación objetiva. La posición inestable de la contrarrevolución. El desarrollo de los partidos sobre la base de la colaboración de los partidos pequeñoburgueses socialista revolucionario y menchevique con los kadetes contrarrevolucionarios ha creado una situación en la cual ambos partidos pequeñoburgueses se han convertido virtualmente en participantes y cómplices de la salvaje represión contrarrevolucionaria. La inconsciente confianza de la pequeña burguesía en los capitalistas la llevó, impulsada por la lucha entre los partidos, al apoyo consciente a los contrarrevolucionarios. El desarrollo de las relaciones entre los partidos ha completado su ciclo. El 27 de febrero, todas las clases se encontraban unidas contra la monarquía. Después del 4 de julio, la burguesía contrarrevolucionaria, estrechamente unida a los monárquicos y las centurias negras, logró el apoyo de los pequeñoburgueses eseristas y mencheviques, apelando en parte a la intimación y entregando el poder estatal efectivo a los Cavaignac, a la camarilla militar que fusila a los soldados insubordinados en el frente y reprime a los bolcheviques en Petrogrado”. (Lenin, SLC, DC, t. XXVI, p. 266).

Lenin señala las condiciones en las que surge una insurrección popular que la diferencian del blanquismo y que posibilitan su éxito: "Para poder triunfar, la insurrección debe apoyarse no en una conspiración, no en un partido, sino en la clase más avanzada. Esto en primer lugar. La insurrección debe apoyarse en el *ascenso revolucionario del pueblo*. Esto en segundo lugar. La insurrección debe apoyarse en ese *momento de viraje* en la historia de la revolución en ascenso, en que la actividad de la vanguardia del pueblo está en apogeo, en que son mayores las *vacilaciones* en las filas del enemigo y en las *filas de los débiles, fríos indecisos amigos de la revolución*. Esto en tercer lugar. Y estas tres condiciones, al plantear el problema de la insurrección, son las que distinguen el *marxismo del blanquismo*". "Pero, una vez dadas estas condiciones, negarse a concebir la insurrección como un *arte* significa traicionar el marxismo y traicionar la revolución". (Lenin, OC, MI, t. XXVII, pp. 132-133).

A pesar de que todas estas condiciones empujan objetivamente a la insurrección a partir del 4 de julio, Lenin precisa que sólo la alianza de los bolcheviques con los eseristas y los mencheviques, que permite el paso inmediato de todo el poder de los soviets, puede impedir la guerra civil en Rusia señalando, sin embargo, que este caso es excepcional: "El desarrollo pacífico de cualquier revolución es, en términos generales, algo muy raro y difícil por que la revolución es la agravación máxima de las contradicciones de clase más agudas; pero en un país campesino, en momentos en que una unión del proletariado con el campesinado *puede dar la paz* a un pueblo agotado por la más injusta y criminal de las guerras, cuando esa unión puede dar toda la *tierra* al campesinado, en ese país, en ese momento histórico excepcional, un desarrollo pacífico de la revolución *es posible y probable*, si todo el poder puede desarrollarse en forma pacífica, si se democratiza por completo a los soviets..." (Lenin, RRG, OC, t. XXVII, p. 146).

La relación entre el Estado y la sociedad asume características peculiares en las coyunturas revolucionarias. La sociedad avanza sobre el Estado que se repliega hasta alcanzar sus formas primitivas. El Estado aparece en las coyunturas revolucionarias como la expresión concentrada de la violencia, como mera dictadura frente a la sociedad civil de la cual aparece *visiblemente* divorciado. Si bien en las coyunturas revolucionarias el momento de la fuerza es el elemento de poder predominante tanto en el plano del Estado como en el de la sociedad civil, la hegemonía se concentra en la sociedad civil, desde la cual las fuerzas revolucionarias construyen una nueva superestructura: "El período revolucionario, más que ningún otro, brinda material para tal verificación [de la táctica, S.L.], merced a la enorme rapidez del desarrollo político y a la agudeza de los enfrentamientos políticos que crecen, se hacen visibles y se resuelven. La vieja 'superestructura' se derrumba en el período revolucionario y la nueva es creada a la vista de todos por la acción espontánea de diferentes

fuerzas sociales, que revelan en los hechos su verdadera naturaleza". (Lenin, RE, t. X, pp. 139-140). En las coyunturas revolucionarias, las clases dirigentes dejan de ser tales para revelarse exclusivamente como dominantes y, por tanto, su poder se apoya exclusivamente en la fuerza en la medida en que ha perdido el consenso de las clases subalternas: "Y la historia de las elecciones desde 1848 probaba irrefutablemente que en la misma proporción en que se desarrollaba el poder real de la burguesía, ésta iba perdiendo su poder moral sobre las masas del pueblo". (Marx, DB, p. 277). Las coyunturas revolucionarias se imponen al régimen político, rompen las reglas del juego político y hacen variar constantemente las relaciones de fuerza entre las clases determinando una gran fluidez en la sucesión de regímenes políticos. La destrucción y la construcción de regímenes políticos es otra de las particularidades de las coyunturas revolucionarias. El análisis de la variación en la correlación de fuerzas en la Revolución del 48 realizado por Marx muestra brillantemente la descomposición y la recomposición de regímenes políticos que dicha variación implica.

Hacia fines de mayo de 1915 Lenin intentó resumir, luego de la experiencia de la Revolución rusa de 1905-1907, del inicio de la primera guerra imperialista, así como del análisis minucioso de los escritos políticos de Marx y Engels, las características de las coyunturas revolucionarias en el conocido artículo "La Bancarrota de la II Internacional" del siguiente modo:

"Para un marxista es indiscutible que una revolución es imposible sin una situación revolucionaria, aunque no toda situación revolucionaria conduce a la revolución. ¿Cuáles son, en términos generales los síntomas distintivos de una situación revolucionaria? Estamos seguros de no equivocarnos cuando señalamos los siguientes tres síntomas principales: 1) cuando es imposible para las clases gobernantes mantener su dominación sin ningún cambio; cuando hay una crisis, en una u otra forma, entre las 'clases altas', una crisis en la política de las clases dominantes, que abre una hendidura por la que irrumpen el descontento y la indignación de las clases oprimidas. Para que estalle la revolución no basta, por lo general, que 'los de abajo no quieran vivir como antes', sino que también es necesario que 'los de arriba no puedan vivir' como hasta entonces; 2) cuando los sufrimientos y las necesidades de las clases oprimidas se han hecho más agudas que habitualmente; 3) cuando, como consecuencia de las causas mencionadas, hay una considerable intensificación de la actividad de las masas, las cuales en tiempos 'pacíficos' se dejan expoliar sin quejas, pero que en tiempos agitados son compelidas, tanto por todas las circunstancias de la crisis, como por las mismas 'clases altas', a la acción histórica independiente.

"Sin estos cambios objetivos, que son independientes de la voluntad, no sólo de determinados grupos y partidos sino también de la voluntad

de determinadas clases, una revolución es, por regla general, imposible. El conjunto de estos cambios objetivos es precisamente lo que se llama una situación revolucionaria. Tal situación existió en Rusia en 1905 y en todos los períodos revolucionarios en Occidente; también existió en la década del 60 del siglo pasado en Alemania, y en Rusia en 1859-1861 y en 1879-1880, sin que se produjeran revoluciones en esos momentos. ¿Por qué? Porque la revolución no se produce en cualquier situación revolucionaria; se produce sólo en una situación en la que los cambios objetivos citados son acompañados por un cambio subjetivo, como es la habilidad de la *clase* revolucionaria para realizar acciones revolucionarias de masas suficientemente *fuertes* como para destruir (o dislocar) el viejo gobierno, que jamás, ni siquiera en las épocas de crisis 'caerá' si no se lo 'hace caer'". Lenin, LEDI, OC, t. XXII, p. 310).